

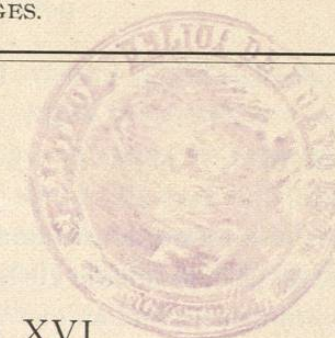
lugar cicatrices deformes é indelebles (*aunque no en parte visible*), pero que revelan la existencia anterior de un tatuage; y, en los siete restantes, el resultado fué negativo. Los procedimientos ordinarios con la leche fresca de mujer y el jugo reciente de higo verde, dieron también resultados negativos.

No obstante eso, el Dr. Marro dice á este respecto lo siguiente: «Para hacerlo desaparecer, emplean la leche de higo, ó también la leche ordinaria, en la cual mojan igualmente el alfiler, que repite la figura impresa con otros tantos nuevos puntos. Se logra así, en algunos casos, desvanecerlo, de modo que no deja más que la huella que indica el lugar del tatuage, como pude reconocerlo yo mismo en algún caso.»

Estos usos son también muy comunes entre nuestros presos, y su creencia es firme respecto al buen éxito que se obtiene. Un marinero, criminal, me dijo en tono de satisfacción: «yo puedo quitarme esto cuando quiera, con un secreto que tengo.» Preguntado por mí cuál era ese secreto, excusaba decírmelo, pero al fin conseguí que lo revelara, y me dijo con aire misterioso: «*con leche de pecho de mujer.*» Pero el resultado práctico es que yo, no obstante mi empeño, no he conseguido ningún buen éxito que corone mis trabajos.

Sé que hay otros procedimientos, como el de la aplicación de un vejigatorio sobre el tatuage; el levantamiento de la epidermis y la raspa de la dermis, para extraer de este tejido las partículas carbonosas; el que usan los kábilas cuando sus hijas se van á casar, que consiste en aplicar sobre la parte tatuada una mezcla de cal viva y de jabón negro;¹ y otros de menos importancia. Pero ni he tenido tiempo de experimentarlos, ni nuestros presidiarios se prestan á esta clase de experiencias, muchos por el deseo de conservar sus tatuages, y la mayor parte temerosos del dolor que suponen ha de ocasionarles la operación.

¹ A. Lacassagne. Los «Tatuages», pág. 8.



CAPITULO XVI

Tatuage en la mujer criminal, en la prostituta y en los locos.

EN todas partes y en todas las épocas se ha visto que la mujer se tatúa menos que el hombre. Raro contraste entre las sociedades civilizadas y las salvajes: en éstas, la mujer cede al hombre su propensión natural á la coquetería, y se contenta con las gracias y atractivos que le dió la naturaleza. El hombre salvaje, con respecto al adorno, todo lo tomó para sí; parece que el egoísmo lo heredó del bruto, á quien la naturaleza le concedió mayores galas: plumas de bellos colores en los machos, si son aves; más gallardía y esbeltez en las formas, si son cuadrúpedos. En aquellas, al contrario, la mujer no satisfecha con los encantos selectivos que la naturaleza puso á su disposición, para domeñar al hombre se vale del artificio, y á su belleza natural agrega las portentosas invenciones del arte para seducirlo.

En los pueblos civilizados, en donde á pesar de la lucha ventajosa de la inteligencia, no se ha logrado desterrar al salvaje; allí donde existe, vuelve á verse el fenómeno de que la mujer, en su estado primitivo, se tatúa menos que el hombre.

Si visitamos una cárcel de mujeres y otra de hombres, en donde el delito y todo género de malas costumbres se reflejan en los semblantes de las unas y de los otros, y los sujetamos á un escrupuloso examen, el hallazgo de tatuages en la mujer delincuente estará en una proporción muy inferior á la del hombre.

El testimonio de Lombroso y de tantos antropologistas euro-

peos corroboran este aserto. En «*La Donna Delinquente, La Prostituta e La Donna Normale*,» obra dada á luz el año de 1893 por los señores C. Lombroso y G. Ferrero, encontramos un brillante artículo, que nos vamos á permitir extractar; dice así: «Mientras que en el hombre delincuente es casi un carácter especial el tatuaje, no pasa lo mismo en la mujer, en quien no se observa, sino una mínima proporción, que hasta puede pasar inadvertida. Sobre 1175 mujeres condenadas, estudiadas por Lombroso, Gamba y Sal-soto, no se encontraron más que 13 tatuadas, ó sea una proporción de 2.15%. (?) Pero es distinto en las prostitutas, sobre todo en las de la última escala social; en éstas la proporción es muy fuerte, sin contar los lunares falsos, en la cara, que entonces triplicaría la proporción.»

«Segre, en Milán, De Albertis en Génova y Lombroso en Turín, estudiaron 2161 mujeres de esta clase, y encontraron 36 tatuadas, ó sea 2.5% (?) de las reconocidas.»

«Los caracteres principales del tatuaje son negativos; pero se nota la ausencia de los signos religiosos, «uno sólo, sobre 33,» y la frecuencia de los recuerdos amorosos, «24 sobre 33,» entre los cuales se encuentran 3, que se refieren á amores *lésvicos*. Los signos consisten en nombres y apellidos, que hacen un total de 31; en corazones atravesados, 6; en cabezas de hombres, 3; y en proverbios, 2.»

«Entre estas mujeres una traía sobre un pecho el retrato de su amante.»

«Las prostitutas de París no dibujan más que las iniciales ó los nombres de sus amantes, seguidos de la inscripción siguiente: *para toda la vida*, la que generalmente va tatuada entre dos flores ó entre dos corazones. Pocas veces hay alusiones obscenas.»

«Los lugares de preferencia, son ó las espaldas ó los senos. Las viejas seductoras de muchachas, para hacerlas sus amantes, traen el nombre de su amada entre el pubis y el ombligo, tatuado con gruesos caracteres. La prostituta Rasny tenía cubierto el cuerpo con los nombres y las iniciales de sus amadas, así como las fechas de sus nuevos amores, que aumentaron de manera que le cubieron el cuerpo.»

«La edad más frecuente en que se tatúan es de 18 á 24 años.»

«Parent-Duchatelet ha visto que los tatuajes son más frecuentes en las jóvenes más degradadas, que acostumbran tatuarse y bo-

rrarse sucesivamente el nombre del antiguo amante. Nota igualmente que las viejas prostitutas se tatúan nombres de mujeres.»

«En la prostitución de las mujeres es frecuente encontrar la tendencia al delito; así, sobre 28 mujeres públicas, De Albertis supone que 15 habían estado en la cárcel; 10 habían entrado varias veces, y una había ingresado en el Establecimiento de detención 24 ocasiones. Nueve estaban cubiertas de cicatrices, lo que prueba su tendencia á la riña. El sentido moral faltaba en las 28, y en 20 el sentimiento religioso.»

«Berghe, en una escrupulosa observación hecha en Dinamarca, confirma lo anterior. En 800 prostitutas encuentro 80 tatuadas, entre quienes 49 lo fueron por sus queridos, y las otras habían sido tatuadas, ó por sus amigas, ó en la casa de corrección, ó en la de detención de policía, ó por último, en la casa de alguna de esas mujeres cuyo oficio es seducir á las jóvenes. En éstas, como en las demás estudiadas por Lombroso y De Albertis, sus tatuajes consistían en iniciales, nombres de los amantes, y sólo 8 traían figuras alusivas, y todos los tatuajes eran rojos ó negros.»

«Entre éstas, 5 habían sacrificado el recuerdo de una inclinación anterior, tatuándose sobre el nombre antiguo el del nuevo amante. Esto se observa más en Francia. Berghe encuentra semejanza y constancia de tendencias en los signos que usan, tanto las mujeres de Francia como las de Italia.»

«El lugar del tatuaje son las extremidades superiores, rara vez el pecho ó la pierna, aunque en 7 dinamarquesas vió que sus tatuajes ocupaban ó una rodilla ó las dos.»

«Observa también que en Génova pasa lo que en París; las muchachas que pertenecen á la clase más baja de la sociedad, son las que se tatúan.»

«Nunca ha encontrado tatuajes obscenos, y observa igualmente que el tatuaje es frecuente en las mujeres públicas, mientras que en la *alta* prostitución es raro, y falta completamente en las clandestinas.»

«Resume sus observaciones de 1502 mujeres, todas jóvenes, estudiadas en los años de 1886 á 1890, que habían sido curadas en la división reservada del *Vestne Hôpital de Copenhague*, en estas pocas cifras: 31 solamente tenían tatuajes, de las cuales 15 muy jóvenes habían sido tatuadas por sus amantes, y las otras por sus amigos ó los amantes de sus amigos.»

«Muchas mujeres,» dice Lacassagne (obra citada, pág. 15), «se hacen tatuar *granos de belleza* (lunares), moscas, que se encuentran en la comisura de los labios, en el labio superior ó en el inferior, sobre la mejilla, ó cerca de la abertura externa de los párpados. Tengo tres observaciones de prostitutas, cuyos dibujos representan un retrato, ó la inscripción del nombre de un antiguo amante, y junto ó sobre el otro brazo el retrato ó el nombre de una mujer. Dibujos de 16 prostitutas de diferentes casas públicas de Medea: algunas de estas mujeres eran de la provincia de Argel, y otras del sur de la provincia de Constantina. Me habría sido fácil coleccionar mayor número de tatuages, pero la monotonía y la insignificancia de los dibujos hacía este trabajo tan fastidioso como inútil.»

Lombroso persiste en su bien concebida idea respecto al tatuage como signo *atávico*, y hace de nuevo un estudio en la mujer delincuente tatuada, que es á la vez la prostituta la más viciosa, la más degradada y la que pertenece á la clase más baja de la sociedad.

«En conjunto—dice—aunque este carácter del tatuage se encuentre en una proporción menor en la mujer delincuente, el 2 por mil que en el criminal junto con el militar y el joven, cuya proporción es de un 32 ó un 40%, con un mínimo de un 14%. En la prostituta la proporción se eleva á 2.5%, y se triplica si se considera el neo-tatuage de reciente introducción. En Dinamarca sin el neo-tatuage se llega á la proporción del 10%. Esto se explica porque la tatuada criminal es á la vez prostituta, sin que una circunstancia se sume con la otra. Debe tomarse en consideración que esta clase de mujeres son de las más viciosas y de las más degradadas, las cuales llevan sus tatuages en partes cubiertas del cuerpo, como en los pechos, en los muslos, principalmente las dinamarquesas y las francesas, en quienes la multiplicidad del tatuage llega á 9, á 11 y aun á 15 en cada una. Se confirma también que los fenómenos atávicos son más frecuentes en la prostituta que en la criminal común, y en ambas, dos veces más raro que en el hombre criminal.»

«El tatuage, pues, difiere en la mujer criminal, que es también prostituta, de un modo notable, pues nunca se encuentran ni signos epigramáticos, ni obscenos, ni de venganza, sino signos de los más comunes, é iniciales, lo que se explica por el menor ingenio y por la menor inteligencia.»

«A esto se agrega la explicación atávica que hemos dado para el tipo, al que se une doblemente, porque la mujer salvaje se tatúa

también menos que el hombre en iguales condiciones, y sus signos son más simples.»

«Entre los *natchez*,¹ por ejemplo, sólo los guerreros se tatúan; en Polinesia, en las islas Marquesas, mientras el hombre parece vestido completamente por el tatuage que le sirve para indicar su valor y su grado de nobleza, los signos de honor por los enemigos vencidos como también la posesión; las mujeres no se graban más que un signo delicado en los pies, en las manos y en los brazos á manera de guantes.»

«En Nouka-Hiva sólo la mujer noble puede llevar algunos tatuages más caracterizados que los populares: la hija de un jefe traía una serpiente, cuya cabeza parecía entrar en la vulva, y otras dos figuras de hombre en las nalgas, evidente alusión erótica.»

«En Arabia, especialmente las prostitutas, están tatuadas en las manos, en los antebrazos y en los brazos, con guirnaldas, arabescos ó líneas circulares.»

«El uso del tatuage se ha perdido casi en la mujer japonesa y en la birmana, en la Nueva Zelandia y en la India; en el Toba se ha reducido á dos ó tres líneas en la barba ó en el labio, para indicar su nubilidad ó aumentar su belleza. Puede decirse que en la mujer actual, la manía por aumentar su belleza, es más grande que en la mujer primitiva, verdaderos brutos de carga y de satisfacción de las funciones genésicas, en quienes el simple y primitivo ornato no exigía ni tiempo ni duración, como en los hombres que lo practicaban, no sólo como rito religioso, sino también para constituir un archivo heráldico. Así, pues, la simplicidad del tatuage en la mujer criminal prostituta, es un carácter atávico.»

En cuanto al lugar del tatuage, Parent-Duchatelet ha observado que las mujeres nunca se tatúan las partes del cuerpo que están siempre descubiertas, ó que pueden descubrirse en los actos de la vida común; y que generalmente, se tatúan en la parte más alta de los brazos, en los deltoides, ó debajo de los senos ó en el pecho.

Nota igualmente que las tatuadas jóvenes llevan siempre inscripciones de hombres, mientras que las mujeres grandes traen generalmente nombres de mujeres; y que el lugar de preferencia para estos tatuages, en estas últimas, es el espacio que media en-

¹ Indígenas de la América septentrional, en el Estado de Misisipí.

tre el pubis y el ombligo; conducta que explica la depravación moral de esta clase de gentes.

Para comprobar lo asentado por nosotros al principio de este artículo, y que se corrobora por los notables antropólogos que hemos citado, no queda más que agregar nuestro pequeño contingente de observaciones prácticas.

En la visita que practiqué al departamento de mujeres en la cárcel de ciudad, el 12 de Junio del corriente año (1898), para estudiar los caracteres del tatuaje de la mujer delincuente, me encontré en presencia de 76 desgraciadas, pertenecientes todas á la clase ínfima de la sociedad. De ellas, 25 estaban sentenciadas por varios delitos, y las demás, arrestadas por faltas leves á los reglamentos de policía. Reconocidas todas prolijamente para cerciorarme quiénes estaban tatuadas, no encontré más que tres, todas jóvenes, pero cuyos tatuajes consistían en varios lunares en la cara; ocupando de preferencia, ó el labio superior ó el inferior, hacia las comisuras, ó alguna de las mejillas. Practicaron su tatuaje, introduciendo debajo de la piel con un alfiler, una masa formada del hollín que se deposita en el exterior de los utensilios de cocina, y de grasa.

Poco ha que salieron de este antro de desgracia y corrupción cinco mujeres que tenían tatuajes de carácter erótico, y que sus compañeras se encargaron de describirmelos, debido al conocimiento exacto que tenían de ellos, por lo conocidas que les son las portadoras, en virtud de la frecuencia con que entran en la prisión, por sus repetidos escándalos en los cuarteles y casas públicas donde habitan. Una, (á) «la Bola,» tenía un hombre desnudo en la cara externa y superior del brazo izquierdo. Otras dos, las iniciales de sus amantes, en el brazo también izquierdo; otra, el nombre de su amante en el antebrazo derecho, y la última, una canastilla en el pecho: todas prostitutas y camorristas, escoria de la última clase social. Ninguna llegaba á treinta años de edad.

Otra mujer, soldadera del 3.^{er} Regimiento, encontré en la visita que practiqué á dicho cuerpo, con igual motivo. Era una joven de 20 años, de Yucatán, soltera y tatuada por su amante. En el antebrazo derecho tiene el nombre del amante, «Leonardo Mateos,» con letras muy claras; abajo del nombre un corazón atravesado con una flecha, y más abajo una flor. En el seno izquierdo lleva el nombre de su padre, «Nicanor Martínez,» y en el hipogástrico, arriba

del pubis, formando un arco que abraza toda la región, esta significativa inscripción: «El recreo de los hombres.»

Cinco años hace que fué tatuada, y las figuras conservan una perfecta claridad.

Suponiendo existentes las cinco mujeres, que casualmente habían salido en los días próximos á mi visita, y sin contar como legítimos tatuajes los falsos lunares que las tres mujeres llevaban en la cara, serían cinco tatuadas, para ochenta y una asiladas que habría en el momento á que me he referido con la suposición dicha. Estas mujeres hacen un promedio de 6.6%, proporción mucho mayor que la obtenida por los Señores Segre, De Albertis y Lombroso. Éstas, como aquellas de que nos hablan los autores aludidos, y otros á cuyo testimonio hemos recurrido, eran á la vez que delincuentes, prostitutas y de la última clase social. Sus tatuajes eran sencillos y semejantes, en carácter, al de los europeos, formando excepción solamente uno de los que porta la soldadera del 3.^{er} Regimiento, pues aunque todos eróticos, la obscenidad no se manifiesta más que en el de ésta, sin que haya necesidad de repetir la inscripción.

Mi carácter de médico militar, puesto en acción durante 15 años, me hizo conocer la índole de las soldaderas y sus costumbres. Viven con el soldado en ciertas horas del día y de la noche; son peleoneras, procaces y celosas; su prostitución no tiene límites, y no obstante, pocas muy pocas, son las que están tatuadas, y sus tatuajes se refieren á inscripciones de nombres, siempre de hombres, y muy pocas veces signos impudentes.

El Dr. Sinety, médico de la prisión de San Lázaro, ha recogido cierto número de tatuajes en las prostitutas de su servicio. Casi todas habían sido tatuadas jóvenes y casi siempre por su primer amante. En cambio el Dr. Soresina, en 1000 prostitutas de Milán, no encontró ninguna tatuada.

Debo á la benvolencia del Sr. Dr. Rafael Orea, médico en jefe de la inspección de sanidad de mujeres públicas en esta ciudad, los datos que á ellas se refieren sobre tatuaje; porque en los diez años que lleva en este servicio de salubridad pública, ha debido encontrar, caso de haberlos, una serie de tatuajes capaces de contrariar el principio ya establecido, de que la mujer se tatúa menos que el hombre, en cualquier estado de degradación social que se la considere.

1 E. Laurent. Los habitados de las prisiones, pág. 528.

La mujer prostituta, de la última escala social, es camorrista y pendenciera, y de simple trastornadora del orden público, pasa á ser gran delincuente; cambiando, por consiguiente, su carácter de asilada en un burdel, por el de asilada de una prisión. Así, pues, entre la mujer delincuente y la prostituta, no hay más que esta diferencia: la una ha delinquido, y la otra está pronta á delinquir.

Los datos que me ha suministrado el estimado Sr. Dr. Orea, se refieren á una observación de diez años consecutivos, durante los cuales ha tenido oportunidad de inspeccionar más de 70 mujeres á la semana, que concurren á la inspección de sanidad, conforme al Reglamento de Policía. «En este largo período de tiempo, dice el Sr. Dr. Orea, en contestación á la carta que en forma de cuestionario me permití dirigirle, «he podido formarme juicio de que el tatuaje es bastante raro entre las prostitutas, pues sólo he visto cuatro casos; tres en mujeres españolas, y otro en una mexicana. De las primeras, una tenía el tatuaje sobre la región precordial, y consistía en el delineamiento de un corazón, atravesado por una flecha. La segunda lo presentaba en la cara anterior del muslo derecho, y estaba formado por dos iniciales: la tercera estaba tatuada en la cara anterior del antebrazo, tenía una letra, y á la última se le veía en el dorso de la mano derecha el complicadísimo dibujo de una mujer. Dos de ellas dijeron haber sido tatuadas por sus amantes; las otras dos no quisieron dar detalles.»

El sencillo y técnico relato del Doctor aludido, á quien públicamente le manifiesto mi agradecimiento, por la bondad é inteligencia con que se sirvió contestar algunos puntos de mi cuestionario, no contestando los demás por ser ajenos de su estadística, corroboran el principio que antes hemos sentado, y que los antropólogos italianos y franceses sostienen con mayor número de observaciones.

*

«Los baños y las prisiones—dice Corre,—han encerrado y encierran aún (cuando no han guardado sus víctimas para el cadalso), cierto número de verdaderos locos desconocidos por la ciencia; pero más bien arrancados á la protección de ésta, por la oposición de las viejas doctrinas metafísicas que dominan todavía entre nuestros juristas.»

No hay para qué insistir en que el delincuente y el loco se semejan por su estado psicológico; y que, aproximándose ó alejándose más ó menos de los linderos de la razón, constituirán, ó un hombre normal, ó un degenerado, cuya impulsividad por exceso del excitante ó por la falta de voluntad (abulia), para resistir el acto sugerido por la excitación, lo habrá hecho caer en la categoría de hombre criminal.

La falta de sensibilidad moral, como la falta de sensibilidad física, en ambos, los aproxima en sus costumbres, y por último, siendo semejantes las condiciones de su reclusión, se observan en estos secuestrados iguales tendencias.

El preso, como el loco, hace de la pared el sitio de sus pensamientos, y el lienzo de sus dibujos; el uno como el otro, permanecen en la ociosidad más completa,¹ y, sin embargo, el loco no se tatúa.

Lombroso, en su obra repetidas veces citada, «El hombre criminal,» pág. 287, establece la diferencia con respecto al tatuaje, entre el delincuente y el loco. En efecto, dice, «aunque sea sometido, como el primero, á la reclusión forzada, y pase su tiempo en la ociosidad; aunque sufra pasiones violentas, y que recurra á los pasatiempos más extraños; que pula las piedras, desgarré sus vestidos y su carne, ensucie las paredes y emborrone papel, es raro que trace sobre su piel verdaderos dibujos. Sobre 800 locos que he observado en Pavía y Pesaro, no he visto más que 4 que estuviesen tatuados, y los cuatro lo habían sido mucho tiempo antes de haber padecido su primer acceso de locura. M. M. Zani, en Reggio; Sivi y Severi en Sienna, han hecho las mismas observaciones, que han tenido á bien comunicarme.»

«Algunos locos tatuados que han encontrado, 46 sobre 1,137 hombres (4.0%), y 8 sobre 1,206 locas (casi un 6.0%), habían permanecido antes en las prisiones.»

«Ved aquí una nueva prueba—continúa el autor citado,—de la influencia atávica sobre el tatuaje; porque la locura no es casi nunca congénita, y por consiguiente, no resulta más que del atavismo.»

El sabio De Paoli (Tatuaje en el manicomio de Génova, 1880), ha encontrado 19 individuos tatuados, sobre 278 locos, pero entre los 19 había 11 que provenían de las prisiones; de los 8 restantes,

¹ En la mayor parte de las cárceles de nuestro país y de los manicomios, no se procura trabajo á los secuestrados.

uno pertenecía á la sociedad de camorristas, y los otros 5 habían sido tatuados fuera del asilo, durante su vida de soldados ó de marineros.

Las visitas que yo practiqué á los manicomios de hombres y de mujeres (Santa Rosa y San Roque), con el objeto de buscar el tatuage en los enajenados, fueron tan infructuosas en uno como en otro establecimiento. No obstante, en más de 50 locos que examiné muy detenidamente, no encontré más que un anciano como de 70 años, de raza blanca y soldado en su juventud: traía dos tatuages, uno en el antebrazo izquierdo, de color azul, bastante borrado, pero se conoce la figura sin esfuerzo; es un corazón atravesado por una flecha. El otro existía en la cara externa del brazo derecho, era una flor rodeada de un laurel; pero parece que se trató de hacerlo desaparecer, aunque la figura conservaba su apariencia, debido á unas pequeñas cicatrices circulares, blancas, que daban perfectamente la forma del antiguo tatuage.

El aspecto de las cicatrices denota la antigüedad del tatuage; y la circunstancia de haber sido soldado en su juventud el loco á que nos referimos, nos hace suponer que el tatuage se practicó antes de que el individuo perdiera la razón.

En el manicomio de mujeres (San Roque), el resultado de mi visita fué completamente negativo.

En 46 enajenadas que examiné, la mayor parte perteneciente á la clase baja, no hubo una que presentara siquiera indicios de haber sido tatuada ó haber tratado de tatuarse. Entre éstas, había algunas delincuentes, y muchas quizá prostitutas, pero ni en unas ni en otras encontré el signo que, según Lombroso, distingue al criminal del loco.

Reuniendo á los asilados de ambos sexos, resulta la proporción mínima de 1%, y este caso tan aislado tiene que excluirse, porque el tatuage encontrado corresponde á una época muy lejana á la en que perdió el individuo la razón. No cerraré este capítulo sin cumplir con el grato deber que la gratitud me impone, dando público testimonio de mi agradecimiento al Sr. Dr. Alberto Moreno, director de ambos establecimientos de dementes, por su benevolencia y galantería al prestarme ayuda en el reconocimiento de los enajenados de uno ú otro sexo; y así, reciba el estimable compañero las seguridades de mi estimación.

SEGUNDA PARTE

CAPITULO I

El tatuage en el soldado mexicano.



El sistema de reclutamiento en la República es bien diferente del de las demás naciones, y no obstante las leyes constitucionales que determinan la manera de cubrir el servicio militar, nuestras necesidades se imponen, y tienen que aplazar para más tarde el cumplimiento de sus preceptos; para cuando la ilustración y cultura de nuestro pueblo lo hagan apto para conocer sus derechos y cumplir sus obligaciones.

Esto trae como consecuencia natural, que no pueda hacerse efectivo el respeto á las libertades individuales, y haya necesidad, en bien de la colectividad honrada, de apartar de su seno elementos heterogéneos que, por no adaptarse á las condiciones del organismo social, rompen su equilibrio, producen su daño, y éste reobra en su propia defensa, favoreciendo su conservación.

Como es fácil suponer, por los conceptos arriba expuestos, el soldado de nuestro ejército está muy lejos de pertenecer á la clase de los hombres normales que componen nuestra sociedad, pues como ya lo indicamos, aquel está constituido por gente viciosa y delincuente que, no teniendo cabida en la sociedad honrada donde vive y en donde ejerce sus depredaciones, es expulsada de ella; y, para impedir que vuelva, se le encierra en los cuarteles y se le educa en las cuadras, en donde adquiere, por un medio puramente coer-